



La naturaleza capitalista de la crisis y la construcción del socialismo

Pablo González Velasco
Asamblea Contra la Globalización Capitalista y la Guerra

Frente a las explicaciones de la crisis como responsabilidad de los pobres (crisis ninja-subprime) o como una crisis exclusivamente de especulación financiera, la presente ponencia de la ACGCG pretende ir a la raíz sistémica de la crisis desde una perspectiva global y de clase; y en consecuencia, cuestiona las relaciones capitalistas de producción y realiza un llamamiento a luchar por agudizar la crisis política, deslegitimando el régimen imperante y apuntando a la construcción del socialismo como alternativa de los trabajadores a la barbarie capitalista.

Primero debemos asentar tres ideas centrales que marcan el contexto:

- ✓ *El carácter mundial de la crisis*, puesto que estalla en el centro del imperialismo y en mitad de una fase globalizadora que ha llegado a homogenizar el ciclo económico a escala mundial.
- ✓ *La política de los Bancos Centrales de bajos tipos de interés*, para sortear la crisis de las puntocom e incentivar el crecimiento económico, marca el pistoletazo de salida del ciclo expansivo capitalista.
- ✓ *Es una época de expansión del crédito bancario* (mayor margen con más volumen); los bancos buscan captación de recursos, más allá de los tradicionales depósitos, y externalizar el riesgo a través de los bonos hipotecarios, que en algunos casos perdían el rastro de sus activos reales a los que estaban vinculados (capital ficticio; no es la causa de la crisis). Pese al exceso de demanda de crédito, los bancos centrales persisten en los bajos tipos de interés.

Las causas hay que buscarlas en el precedente ciclo expansivo

Las causas clásicas de las crisis del capitalismo que relata Marx en *El Capital*, o como sucedió en la crisis del 29, tienen su causa última en la economía real. Además, en ésta ocasión a diferencia de las crisis de la década de los 70, no existe el *shock* de oferta del alza del petróleo, lo cual convierte a la crisis en una autentica tormenta perfecta producto de la lógica interna del sistema capitalista. La explicación de la crisis clásica del capitalismo sería la siguiente: Durante el ciclo expansivo, siempre caracterizado por el bajo coste de la financiación, se producen tres procesos por diferentes causas y en distintos momentos temporales:

- ✓ *Sobreproducción de mercancías (oferta)*. Pero sólo se convierte en crisis cuando se estrecha la demanda (paro; desconfianza; carácter doble del trabajo asalariado: productor de plusvalor y consumidor). La reducción de ventas afectará a las ganancias globales contables. Ej: grandes rebajas en navidades por el alto stock sin vender.
- ✓ *Desproporción de ramas productivas*. Ej: En el caso español, el ladrillo.
- ✓ *Sobreinversión*, a consecuencia de la ambición de las empresas por crecer. Ej: alto endeudamiento.

Mientras que la primera se convierte en problema al final del ciclo, la segunda revela la estrategia general de crecimiento económico de un país, y en la última encontramos la causa última de las crisis capitalistas para el marxismo: la caída tendencial de la tasa de ganancia, es decir, la insuficiente valorización del capital por una *penuria relativa* de plusvalía. Tanto la sobreproducción como la desproporción estarían situadas en el mercado (crisis de realización; *ex post*), y la sobreinversión en el proceso de producción (crisis de valorización; *ex ante*). Las dos primeras afectarían a las ganancias globales contables (absoluta; visible; esporádica), y la tercera, a la rentabilidad (relativa; soterrada; tendencial) vinculada a la estructura de costes.



Es la sobreinversión, estúpido

La sobreinversión (o sobreacumulación) es la otra cara del exceso de endeudamiento de las empresas (expansión del crédito bancario). ¿Cómo es posible que las grandes constructoras e inmobiliarias de este país de generar los mayores beneficios hayan acabado siendo insolventes de la noche a la mañana?. La caída tendencial de la tasa de ganancia opera en todo momento pero es contrarrestada con la globalización (comercio mundial), el neoliberalismo (devaluación de la fuerza de trabajo) y la productividad, aunque ésta última actúa de forma contradictoria (fortalece la composición orgánica y la plusvalía).

No obstante, la financiarización de las empresa (un fenómeno de consenso), es decir, el recurso permanente a la deuda para financiar sus inversiones en pleno ciclo de auge, expresa las dificultades de las empresas para recuperar sus nuevas inversiones progresivamente más costosas. También muestra las limitaciones de la autofinanciación (parte de beneficios que no son dividendos) para las ambiciones de crecimiento de las empresas. Durante el ciclo expansivo se hace un uso extensivo de la inversión, produciendo más, con más inversión y menos trabajo. Este incremento de inversión si no está asociado a un importante aumento del valor de uso productivo del trabajo, se genera una sobreinversión de mala calidad para la empresa porque desplaza lo que sería una estructura óptima de explotación de la fuerza de trabajo (desde luego nunca favorable al trabajador). El valor añadido o plusvalía viene dado por la diferencia entre el valor de uso productivo y el valor de cambio (salario; precio) de la fuerza de trabajo.

Esa reducción relativa del plusvalor limita los rendimientos al capital, es decir, su valorización. Así pues, la crisis nace del propio desprecio del capital al trabajador. La acumulación de capital sólo tiene los límites que se marca su propia acumulación; la crisis es la interrupción de la propia acumulación, generando destrucción de capital y empleo (sobrepoblación relativa; caída salarios) hasta que con un ajuste violento se restaure la rentabilidad. He aquí el epicentro del terremoto.

Las diferentes crisis que salen a la superficie a las puertas de la recesión

Como consecuencia del anterior terremoto, y situándonos al final del ciclo expansivo y en el comienzo del recesivo, se identifican tres burbujas con sus correspondientes pinchazos:

- ✓ *Burbuja de materias primas.* Pinchazo: crisis subprime y expectativas de caída de demanda productiva. La caída de la banca de inversión (ingeniería financiera; mercado de derivados; capital ficticio) ha limpiado la especulación de los mercados de materias primas, como reflejan los precios de las mismas.
- ✓ *Burbuja patrimonial (inmobiliaria; bursátil; automóvil).* Pinchazo: en precios que rompen el mito de la tendencia positiva interminable. Se genera un efecto riqueza negativo (ilusión monetaria y poder adquisitivo) que genera una tendencia deflacionista (se posponen decisiones de consumo e inversión; se pierde la relación mutua entre precios y demanda, sólo influye la demanda sobre los precios).
- ✓ *Burbuja financiera.* Pinchazo: alza de tipos de interés en 2005 (todavía riesgo inflacionario; deja de sonar la música), abre en carne viva toda la morosidad (potenciada también por tasa de paro). Durante todo el periodo expansivo las empresas y familias se han endeudado masivamente (stock de deuda extraordinaria; alto riesgo, corto plazo). En el caso de las empresas el recurso al endeudamiento aceleró la acumulación de capital, es decir, la inversión. No es cierto que hubiera un enfrentamiento entre un capitalismo financiero malo contra un capitalismo productivo bueno. En la UE se crearon condiciones, tras reducir el endeudamiento público que presionaba al alza los tipos de interés (Maastricht); comenzó la época del endeudamiento privado con los bancos. Y de éstos, en el caso de la banca comercial española, con inversores internacionales (largo plazo).

Crisis bancaria y deflación

Los bancos españoles a finales de octubre estuvieron al borde de un pánico (retirada masiva de depósitos; salió al paso el aval del Estado) que ha sido silenciado por los medios de comunicación. Actualmente los bancos son un gran tigre de papel, entre otras cuestiones porque no existe la integridad de los depósitos. Pese a concentrar gran parte del poder económico del país tanto por participar en el capital de varias industrias estratégicas como por su expansión del crédito (privilegio de creación del dinero) y administración del ahorro, tienen mucha fragilidad en tiempos de crisis económicas por su comportamiento procíclico (euforia vs conservador). Problemas de liquidez: de toxicidad de activos por morosidad de empresas y familias; de financiamiento: por depósitos que crecen al ritmo de la economía real (recesión). Su reacción es tan conservadora y su fragilidad es tal que entre ellos no se prestan (el euríbor no responde al



tipo de interés intervenido): CRISIS DE CONFIANZA, que se une a la desconfianza del pueblo hacia las expectativas económicas (miedo a perder el empleo).

Ésta crisis aparece aparejada con la CRISIS DE RESTRICCIÓN DE CRÉDITO (*credit crunch*), donde los propios agujeros causan una desproporcionada aversión al riesgo de la banca privada, plasmándose en un endurecimiento de la concesión del crédito a las empresas y particulares; también éstos se encuentran en una posición de solvencia peor (menor patrimonio). Todo ello, multiplica las quiebras de las empresas con su destrucción masivo empleos o el despido preventivo colectivo de empresas a través de ERES. También la restricción de crédito fortalece la tendencia deflacionista anteriormente descrita a consecuencia tanto del efecto riqueza negativo (de una desvalorización del patrimonio) como de la reducción de precios de las materias primas, principalmente del petróleo, y la sobreproducción generalizada. La tendencia se generaliza aún más porque las empresas compiten a la baja en precios para aumentar sus ventas.

Los Bancos centrales ahora bajan los tipos de interés pero tiene como tope el 0%, y según la teoría de Keynes, es un tipo que no eleva la demanda de dinero por motivo especulación (inversión en bonos; los del Estado de momento son un activo refugio), a lo que sumado a la desconfianza real, se produce una trampa de liquidez: la política monetaria entra en crisis y se vuelve inútil. En contexto de deflación y trampa de liquidez lo más inteligente para el público es atesorar el dinero en las manos y esperar a que bajen los precios para consumir e invertir. Si la inflación hace adelantar las inversiones y el consumo porque el dinero quema y se deteriora con el tiempo, en cambio con la deflación el dinero gana valor con el tiempo aunque permanezca ocioso. La inflación protege al prestatario (se come el interés) y la deflación protege al viejo prestamista (convierte en positivo los tipos de interés) y desincentiva al nuevo.

El colapso bancario (tasa de morosidad insoportable o pánico de ahorradores) sería, como lo fue en la crisis de 1929, el elemento que haría convertir inmediatamente la recesión en una profunda depresión. El escenario de un corralito en los países centrales no es tan lejano, puesto que el gran poder de la banca cuando no le cuadra el balance, es la política de mantener como rehenes los pequeños ahorros de los trabajadores. Una muestra de vulnerabilidad es que prácticamente la totalidad de la deuda que tenía la banca ha sido refinanciada gracias a la emisión de nueva deuda privada avalada por el Estado. Si a esto se le suma la ayuda a la banca comprándole bonos hipotecarios para que tenga liquidez de aquí a dos años (5% del PIB), y aceptamos incluso, desde una perspectiva reformista, que esa ayuda tiene el propósito de revulsivo en el mercado del crédito para que llegue a las PYMES, llegaremos a la conclusión, tras comprobar la persistencia tanto del comportamiento conservador de la banca como de la obscena política de reparto de dividendos, que el Consejo de Administración y la Junta de Accionistas de los Bancos están delinquiendo: el delito se llama *Malversación de Caudales Públicos*. Y quien delinque contra el pueblo, merece la cárcel. En el caso del Gobierno tendrá que dar la cara por su “regalo” a la banca o directamente por su despilfarro, puesto que para aumentar la liquidez en términos netos en el sistema bancario necesariamente la deuda pública tiene que ser adquirida en gran parte por fondos soberanos o de inversión extranjeros, de lo contrario los pasivos bancarios descenderán (compra de deuda pública por el ahorro privado español) lo que aumenten los activos bancarios (liquidez tras la compra estatal de bonos hipotecarios). Las gallinas que entran por las que se van. Y mientras, la sangría avanza en la economía real.

El capitalismo y el imperialismo

El estímulo principal que hizo salir de la crisis del 29 y su posterior depresión no fue el *New Deal* como una suerte de keynesianismo sino con la movilización general de la Segunda Guerra Mundial. Así pues que no nos extrañen conflictos geopolíticos mundiales como salidas a la crisis o persistir en el incendio de Oriente Medio y el Golfo para combatir la deflación con alza del petróleo.

Para no perder el “norte”, los militantes de izquierda de los países desarrollados no debemos perder el “sur”. En palabras de Samir Amin: *“El sistema de producción y consumo/despilfarro existente hace imposible el acceso a los recursos naturales del globo para la mayoría de los habitantes del planeta, para los pueblos de los países del Sur. Antaño, un país emergente podía retener su parte de esos recursos sin amenazar los privilegios de los países ricos. Pero hoy día ya no es el caso. La población de los países opulentos –el 15% de la población del planeta- acapara para su propio consumo y despilfarro el 85% de los recursos del globo y no puede consentir que unos recién llegados accedan a estos recursos, ya que provocarían graves penurias que podrían en peligro los niveles de vida de los ricos”*. Esta reflexión nos obliga a asumir un compromiso global, internacionalista y antiimperialista ligado indisolublemente a los intereses de la clase trabajadora. Un ejemplo que se abre camino son los procesos en América Latina, uniendo antiimperialismo con socialismo.



La crisis ética y política del capitalismo

Varias son las voces autorizadas del sistema que han llamado a refundar el capitalismo. El diagnóstico de dichos portavoces es que el capitalismo padece una crisis ética tras cometer una serie de pecados que le llevarían a pasar por un purgatorio en forma de recesión y de reordenación del sistema financiero. A esos señores hipócritas habrá que recordarles que ellos forman parte de la clase política y económica responsable de la actual crisis. Sin embargo, sí les daremos la razón en una cosa: la crisis capitalista es ética, en efecto; derivada de la contradicción sistémica del “carácter social de la producción y su apropiación privada”.

¡Qué suelten la pasta!

Mientras que los gobiernos se fijan en la importancia de proteger al sistema bancario de las tasas de morosidad y el retiro masivo de depósitos, la izquierda debe preguntarse donde está la gigantesca parte de los beneficios del *boom económico* que ha ido a parar a fortunas personales (muchísimo dinero pese al deterioro que nos anuncia los *mass media* por la desvalorización de activos financieros; alegría Madoff). Si viviéramos en un Estado de derecho democrático, éste tendría que iniciar ‘de oficio’ una investigación criminal contra los que han llevado al país al empobrecimiento generalizado, un crimen contra la Humanidad. Sabemos que la impunidad de los capitalistas y los responsables políticos está presente a través del derecho a la propiedad privada, consagrada en la actual constitución. ¿No tendría más sentido que pagaran la crisis quienes se han beneficiado de las prácticas que han llevado a la misma? ¿No son esos cientos de miles de millones de euros de beneficios acumulados en los últimos 10 años, de bancas e inmobiliarias, los que ahora hacen falta para reparar el destrozo? ¿Por qué se debe hipotecar dinero público futuro de tod@s en salvar a aquellos que nos han llevado a la actual crisis? ¿Por qué es la clase trabajadora la que va a tener que pagar los platos rotos mientras otros comen en platos de oro en paraísos fiscales? ¿Por qué todas las medidas de alivio a los parados hipotecados subyace un apoyo indirecto a la banca contra sus agujeros de morosidad en su activo?. La única respuesta posible es que vivimos en un gran circo llamado capitalismo.

La destrucción de riqueza y empleo que está generando el “próspero” capitalismo

Apuntarse los tantos positivos y ninguno de los negativos, es una de las típicas trampas de los apologistas del capitalismo. La dinámica explotadora del capital contra la clase obrera actúa en todas las fases cíclicas consustanciales al capitalismo, ya sea a través de la explotación en el puesto de trabajo, el consumo o las hipotecas; pero es en los ciclos recesivos cuando el empobrecimiento relativo se convierte en absoluto, agravándose el sufrimiento social, con el aumento generalizado del paro y la carestía, dejando un rastro de terror en millones de vidas desposeídas. En definitiva, el capitalismo es un sistema de crisis permanente para la clase trabajadora, siempre ineficiente para nuestros intereses y muchas veces criminal (crisis alimentaria, guerras imperialistas,...). En los “privilegiados” países centrales, es en el auge del ciclo, cuando el capitalismo se muestra cicatero en el reparto riqueza, y es en la depresión, cuando muestra toda su generosidad repartiendo miseria y porrazos hasta el hartazgo (recordemos los 8 millones de pobres en España).

Un ejemplo elocuente de lo “democrático” y “humano” que es este sistema es el equilibrio en el mercado de la vivienda. No se puede entender que la demanda de pisos por motivo especulación tenga la misma prioridad que la demanda de primera vivienda, tampoco se entiende que una oferta de vivienda disponible para vivir no llegue a un demandante porque su propietario no la lance al mercado o porque establezca precios prohibitivos. La constitución nos otorga el derecho a una vivienda digna, un derecho que no se satisface sin el deber de pagar a precios de especulación. ¿Cómo es posible que con un stock de viviendas vacías de 3 millones, pueda haber currantes que no puedan pagar “su independencia” o que se ahoguen en interminables hipotecas basadas en precios que serían absurdos si no fuera por la descarada lógica explotadora del capitalismo?.

Como éste ejemplo hay muchos que nos afectan a la vida cotidiana. No se puede entender que con el volumen de beneficios del ciclo precedente y los adelantos técnicos, se tenga que alargar la jornada laboral (directiva de las 65 horas) y la intensidad de la explotación, trasladando la competencia entre capitales al mercado laboral. Esto sólo es posible en un sistema como el capitalismo, donde en su madurez se agrava su decadencia, empobreciendo radicalmente las condiciones de vida de la clase trabajadora, como así lo demuestra éstos últimos 10 años de deterioro de los salarios reales. Las épocas de crisis ayudan a romper viejos fetiches como que los empresarios son generosos creadores de empleo, cuando son las necesidades de producción y el enriquecimiento personal, los motores de la creación de empleo... y también, de su destrucción.



Riesgo sistémico vs riesgo moral. La falacia del neoliberalismo

“Demasiado grandes para caer”, han dicho los bancos centrales para intervenir las quiebras bancarias. Consideraron que la sana “destrucción creativa” que el dios mercado establece como mecanismo darwinista para acabar con lo “ineficiente”, en este caso: “no tocaba”. Han llegado a reconocer que prefieren premiar al ineficiente (riesgo moral) antes de que se hunda el poder capitalista (riesgo sistémico). El Estado se ha quitado la careta: ante un posible colapso del sistema, él es el garante del orden económico porque la base material de su poder se basa en su comunidad de intereses con la oligarquía. Muy elocuente al respecto es que el propio Zapatero presume de contar con Botín entre sus asesores cotidianos. La irresponsabilidad de la iniciativa empresarial privada y el paternalismo del Estado, no sólo ponen en cuestión la supuesta eficacia productiva capitalista, sino que pone en evidencia a la sociedad democrática burguesa por basarse en una farsa, la ley es tanto igual para ricos como para pobres: *a los dos se les prohíbe por igual dormir bajo un puente*. Y es que la ley del Estado en una sociedad capitalista es la ley del rico, la que garantiza su protección en última instancia, como así han demostrado los planes anticrisis.

Una de las moralejas que nos deja ésta crisis es que la política “no intervención” (neoliberal-autorregulación) en los mercados es un fetiche ideológico. Todos multimillonarios planes anticrisis, incluidas nacionalizaciones, ponen sobre el tapete la farsa del neoliberalismo, y no ya como le gustaría a los socialdemócratas, por una supuesta victoria del keynesianismo (que es otro instrumento del capital cuando no coincide alta inflación con alto desempleo) sino por el objetivo político claro que tenía: la dominación ideológica de la izquierda, la clase obrera y los países oprimidos (Consenso de Washington). La desregularización neoliberal no es otra cosa que puro intervencionismo que se plasma en leyes con las que se vale el capital para restablecer la tasa de ganancia y dominar a los pueblos. Misma sustancia con diferente forma. Por ello mismo, la larga noche del neoliberalismo no ha terminado, persistirá con pleno esplendor en el mercado de trabajo y las privatizaciones de servicios públicos, que están en la agenda del PP y del PSOE, mientras que el Gobierno del Estado reorganizará los monopolios financieros, dejará funcionar a los estabilizadores automáticos como el seguro de paro y la reducción de ingresos fiscales, e incurrirá en alto déficit fiscal (para gasto público), porque hasta el momento no se produce el fenómeno *crowding out* financiero por el exceso de demanda de deuda pública ante la volatilidad de otros productos de inversión. ¿Contradicción entre una *forma* de intervencionismo u otra? No, porque todo es compatible y complementario mientras que se haga “instrumentalmente” a favor del capital. Porque, a decir verdad, no hay mayor intervencionismo que el que ejerce el Estado burgués, el poder del capital y la competencia, contra la vida laboral y personal de los trabajadores.

La inmoralidad de la banca privada

La banca se lucra a través de los márgenes de intermediación y las comisiones contra sus clientes. No existe otra actividad donde sea más justificable su socialización, puesto que son un conjunto de oligopolios con un poder inmenso sobre la economía, con la responsabilidad de gestionar el ahorro de la sociedad, y que en momentos de crisis se permite el lujo de estrangular a economía real. ¿Tiene derecho la banca privada a condicionar el desenvolvimiento económico de un país? ¿No es inmoral que un criterio de rentabilidad privada gestione el aparato financiero de todo un país? ¿Puede la banca privada jugar con la comida de los que madrugan todos los días para generar la riqueza del país? ¿Por qué pueden las grandes empresas, tras años de bonanza, aprobar Expedientes de Regulación de Empleo por verse reducir su rentabilidad pero no su solvencia?

No se puede tolerar lo que tolera el actual régimen constitucional heredero del franquismo. Los mismos que nos han puesto al borde del abismo no pueden ser quienes lo vayan a solucionar. No tienen ningún derecho a que dirijan nuestras vidas; ni a que enloquecidos sistemas de creación de dinero bancario nos lleven a la ruina. Hace falta una banca pública socialista y para ello no nos debemos conformar con una nacionalización, sino que debe estar sujeta al control político del poder popular. De ningún modo se trata de una utopía; el propio Estado burgués a pequeña escala está ampliando a través del ICO, un sistema de crédito público, en paralelo a la banca privada por su ineficiencia. El descrédito de los que no dan crédito a las inversiones productivas constituye una razón más para apostar por la construcción del socialismo.

Es necesario clarificar las funciones del sistema financiero. Pese a la desorientadora intuición que nos provoca el fetichismo del dinero, es la economía real quien financia al aparato financiero, puesto que son los trabajadores quienes generan riqueza, que revierte finalmente en ahorro, aunque éste sea apropiado previamente en el proceso de producción por los capitalistas (explotación).



Resistencia en los barrios y en los puestos de trabajo. Por la construcción del Socialismo

Una vez demostrada la naturaleza capitalista de la crisis y que la respuesta capitalista a la crisis es la miseria o la guerra para reestablecer su tasa de ganancia, ha llegado el momento de decir ¡basta!. Basta de rentas ociosas en forma de dividendos o del alquiler del suelo, que lastra la producción y distorsiona una distribución justa de la renta en función del trabajo y las necesidades. Basta de paro y de reformas del mercado laboral destinadas a ampliar la explotación de los que sostienen a la sociedad.

Los trabajadores con conciencia revolucionaria debemos tener la convicción de que no necesitamos capitalistas; queremos que la propiedad de los medios de producción pasen a manos de la clase trabajadora (la mayoría social) y sea ésta quien dirija la iniciativa empresarial. Ésta es la única vía para socializar el plusvalor. Frente a las orejeras positivistas del reformismo, la creatividad revolucionaria del socialismo nos muestra el camino que debe tomar la humanidad, debemos forjar un sistema que ponga en valor el trabajo y la naturaleza, fuentes únicas de riqueza. Frente a la ética del riesgo de los "ahorradores capitalistas", debemos enfrentar una ética del trabajo, no para mitificarlo, sino para que los frutos del trabajos nos beneficien a todos y no sólo a una minoría. De esta manera aumentaremos nuestra calidad de vida para poder trabajar para vivir, y no a la inversa. Frente al individualismo que pone en competición a la baja las condiciones salariales y laborales de los trabajadores, debemos propugnar la reconciliación del interés individual y social, a través de los intereses colectivos de la clase trabajadora. Un primer paso sería la nacionalización de la banca privada, bajo el control democrático, como una palanca para socializar en los diversos sectores económicos donde participa. Sin embargo, es imprescindible que los propios trabajadores quieran construir su propio destino económico.

Debemos luchar por construir un sistema donde se ponga fin a la explotación; donde la emancipación para los trabajadores se haga posible: el socialismo. Debemos levantar un fuerte movimiento popular, en una larga marcha pero posible, que reclame para sí mismo el poder político y económico que la burguesía actualmente ostenta. La construcción de poder popular debe quitar la careta al parlamentarismo y la partitocracia y luchar por una nueva sociedad. La lógica de la explotación debe ser sustituida por la lógica de socialización. Apostando por una economía que planifique de acuerdo a las necesidades de la población y los límites de los recursos naturales y la biodiversidad. También debe apostar por una nueva forma de democracia en el trabajo y los barrios. Así como unir los problemas de los pueblos del sur con los del norte, con una concepción global internacionalista, para que toda la Humanidad avance. No hay solución sólo en el norte o sólo en el sur.

En nuestras calles, la conciencia social está cambiando vertiginosamente; los nuevos análisis quedan viejos en pocas semanas. Lo que antes era radical, hoy son opiniones cotidianas del día a día. El pacifismo se diluye como elemento superestructural y se abre paso un nuevo ciclo histórico de lucha de clases (oportunidad histórica revolucionaria). Los más de 3 millones de parados elevan la violencia estructural, lo que genera una reacción de violencia social. Por ello, cobra capital importancia la orientación de dicha violencia contra el poder capitalista y no otro tipo de "enemigos" que se construyen como chivos expiatorios, a saber, los inmigrantes (antifascismo). Asimismo es muy importante la batalla en la orientación ideológica contra los actualmente desconcertados intelectuales capitalistas; pero debe ganarse en la lucha y no fuera de ella.

La izquierda tendría que nuclearse en torno a un programa de resistencia, tan radical como muchas de las cosas que se oyen por la calle: NO SE PAGA MÁS HIPOTECA PORQUE YA SE HA PAGADO SUFICIENTE. Así con todos los gastos que consideremos que no merecemos pagar. La desobediencia colectiva y organizada se debe generalizar con todo tipo de actos que nos ayuden a expropiar a los expropiadores. El poder potencial de la clase trabajadora no tiene límites si se sabe organizar. Y es precisamente eso lo que hay que trasmitir a la clase trabajadora que actualmente se encuentra en posición de baja autoestima y de sometimiento a los valores del capital (subsunción). Para ello hay que extender la solidaridad de clase, frente al individualismo o la indiferencia, entre los diferentes sectores y empresas donde existan conflictos sindicales. Todo ese malestar social debe unificarle en la lucha contra la banca privada y el actual régimen que es también responsable de este desastre. Hace falta llamar a la autoorganización popular para luchar por una República Popular que se lleve por delante a toda la clase política y económica que nos ha llevado a esta situación. También extender la necesidad de coordinarnos entre los colectivos políticos y sociales para organizar, desde ya, acciones de protesta contra los planes del Gobierno, la patronal y el imperialismo. En definitiva, de lo que se trata es de romper el orden establecido. En palabras de Marx (1848, MC), ante la revolución: *"tiemblen, si quieren, las clases gobernantes (...). Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero por ganar"*.